

MAS SOBRE EUROPA

La opinión pública española, a nivel de círculos empresariales y económicos, lleva ya algún tiempo dedicada a la tarea de absorber, sin demasiados ardores, pero también sin llamativos rechazos, el Acuerdo Preferencial con la C. E. E., cuyo contenido, aún no textualmente publicado, es, en sus líneas generales, ya conocido. El Acuerdo parece presentarse como un hecho, en espera, sólo, de que las correspondientes e inminentes firmas determinen su entrada en vigor. El Acuerdo, se ha dicho, es ya algo definitivo, a tomar como un dato en cualquier intento de prever nuestra futura evolución económica.

Sin embargo, y desde un punto de vista realista, es todavía un dato con una contradictoria y apreciable carga de incertidumbre. Los Estados Unidos, con ocasión de discutirse la aprobación o no por el G. A. T. T. de otros Acuerdos similares firmados por la C. E. E., han mostrado su patente desagrado ante el monroísmo mediterráneo de la Europa de los "seis", y se han reservado el derecho de represalia económica frente a lo que consideran prácticas comerciales discriminatorias.

El Acuerdo España-C. E. E. puede no lograr, debido a la fuerte oposición norteamericana, la aprobación del G.A.T.T., en cuyo caso el fruto de unas laboriosas negociaciones se convertiría en papel mojado o, alternativa poco atractiva, nos situaríamos, en caso de continuar adelante con la instrumentación, fuera de la legalidad comercial internacional, representada hoy por el G. A. T. T. Lo que, entre otros inconvenientes, podría tener el de dificultar nuestro acceso futuro a un mercado tan atractivo como el estadounidense.

Pero, aún dejando aparte este nada despreciable problema, el Acuerdo representa un dato con un amplio grado de indeterminación, que permite una considerable libertad en la definición, a nivel Administración y empresa, de nuestra política industrial.

Parece, y decimos parece porque afirmaciones tajantes no serán posibles hasta que se publique el texto oficial, que el Acuerdo, que nos obliga (por supuesto a cambio de ventajas similares), a reducciones arancelarias, y desarmes contingentarios frente a la Comunidad puede interpretarse en el sentido de que estas concesiones sean relativas y no absolutas. Es decir, que una venta de, por ejemplo, un 40 por 100 en el Arancel de un producto X, no significaría que nuestro actual Arancel debiera rebajarse en esa cuantía frente a la Comunidad, sino que cualquier posible futuro Arancel deberá ser, para ese producto, un 40 por 100

preocupe una posible subida frente a terceros, siempre y cuando se respete su preferencia relativa.

Si esta interpretación es correcta queda abierto un camino tentador para nuestros industriales, pero peligrosísimo para los intereses generales del país. Dos cosas importantes debe buscar España en el Acuerdo; un acceso más fácil, a un que siempre duro, al mercado europeo y una corriente de disciplina introducida mediante la competencia europea. Si las tendencias proteccionistas pre-

tenden neutralizar esta competencia mediante elevaciones (dentro del amplio margen que nos permiten nuestros compromisos con el G.A.T.T.) de derechos arancelarios frente a terceros que permitan mantener los niveles actuales de protección frente a los "seis" habremos hipotecado gravemente nuestra libertad comercial sin conseguir sanear apreciablemente nuestra economía. Y habremos proporcionado a una Comunidad poco dispuesta por el momento a acogernos plenamente en su seno, un excelente negocio.

más bajo frente a la Comunidad que frente al resto del mundo, sin que a los "seis" les

Para la tipología de la opresión:

Irlanda del Norte

La violenta tensión que hoy reina en Irlanda del Norte se atribuye usualmente a las reivindicaciones del patriotismo pan-irlandés, y a la situación de inferioridad social en que se encuentra la minoría católica. Así es, en verdad, pero, se trata de una verdad parcial, superficial anecdótica, y, por lo tanto, estéril, fuera de su allí y entonces concreto.

En los seis condados del Norte la discriminación social contra los católicos, aunque no consagrada jurídicamente, existe de hecho, especialmente en cuanto al ingreso en la burocracia y las fuerzas locales de seguridad y, consecuentemente, en las relaciones de los administrados con la Administración. Sin duda, también, el enfrentamiento entre católicos y protestantes reviste aspectos de antagonismo confesional y de estratificación socio-económica; pero no cabe afirmar seriamente que en la vida pública se dé una verdadera intolerancia religiosa, y si la economía de la región no es hoy en día muy boyante—como tampoco lo es la de la República de Irlanda—, ello ocurre, más bien, a pesar de los esfuerzos británicos en pro de su desarrollo, y afecta en general a todos los habitantes de la zona. Lo que pasa en el Ulster, dicho sea sin retórica alguna, es que falta, a secas, libertad política, es decir, libertad de acceso al



Poder, libertad de discurrir del Poder, libertad, en fin, de saberse más allá de las diferencias, representado por quienes ejercen el Poder. Lo demás, discriminación, opresión e, incluso, persecución, es simple epifenómeno de esta carencia fundamental.

Los verdaderos liberales de 1970 sabemos muy bien que el etéreo concepto de libertad no es condición suficiente para organizar la vida política; pero sabemos también que es condición rigurosamente necesaria. Ante la falta de este presupuesto—que ya no es bandera de combate porque no debiera admitir discusión en una sociedad occidental—la cosa pública quiebra, como el viviente—con independencia de cualquier otra circunstancia que afecte a su salubridad—se asfixia en la campana neumática.

La causa remota de esta ejemplar situación irlandesa es múltiple, pero su peculiaridad histórica la priva de interés para nosotros y para el lector. La causa próxima, por el contrario, es mucho más sencilla de detectar y aún de analizar: se trata, simplemente, de ciertas instituciones del Estado. Las formas políticas no son, en efecto, meros reflejos de las fuerzas sociales, sino instrumentos para su formalización y consiguiente configuración. Si es cierto que cada pueblo conduce el Estado que se merece, también lo es, en el otro extremo del proceso histórico, que cada Estado engendra su propio pueblo. Así, el Estado liberal no ha sido jamás la creación libérrima de un pueblo libre, sino pedagogo de la libertad. Las ins-

(Continúa en la pág. siguiente.)

LA OTRA ECONOMIA

Por MANUEL VICENT

EN los tiempos del clasicismo la sociedad estaba organizada en un equilibrio de razón y emoción. Era perfecto. Los aristócratas y los místicos estaban arriba; los siervos y los pícaros estaban abajo; y en medio una clase menestral repujaba el cuero, fabricaba sables, obedecía a las campanas y a ratos perdidos sentenciaba. Había un consentimiento tácito en eludir por métodos de pudor las exigencias de la barriga. Los aristócratas se servían de ella sólo para lucir la hebilla dorada del cinto de terciopelo; los místicos la usaban para olvidarla y computar este olvido como un mérito; los pícaros, para conseguir llenarla semanalmente con un plato caliente sirviéndose, a falta de trabuco, de un humor impío; los siervos, para tenerla vacía y no computar eso como mérito. Mientras tanto la clase menestral le daba al yunque y sentenciaba. Era una delicia.

Pero el clasicismo terminó con unas carretas de heno cargadas de pálidos aristócratas coreados por lavanderas, con la campana mayor de la catedral enmudecida. Vino la epifanía económica y se perdió el pudor de la barriga. La fe fue sustituida por el crédito; la esperanza, por la expectativa de negocio, y la caridad, por la fuerza del aval. Eso empezó en Francia hace doscientos años, aunque los españoles hayamos aprendido recientemente las reglas de aquel desenfreno. Pero hoy el español las cumple a rajatabla porque ha decidido hacerse rico. Y uno presiente que, descubierta esta nueva salvación laica, no habrá quien le detenga. Y alguien deberá hacerlo. Alguien deberá advertir al español que ser pobre no es pecado. De lo contrario, España perderá a sus aristócratas, a sus místicos, a sus siervos y a sus pícaros. La clase menestral dejará de sentenciar atormentada por los vencimientos, y enmudecerá definitivamente la campana de la catedral, y ya no cantarán las alondras.

AUTOMATISMO

No tengo nada contra los ciudadanos que se dedican a cobrar. Es más, basta que llame a mi casa un hombre con una letra de cambio en la mano, con un recibo, con una multa, con una factura, para que sea bien recibido. Mis hijos le besan, mi mujer se va llena de alborozo a registrar los cajones y yo preparo al recién llegado una copita de ojen. Mientras la técnica no acabe de estar perfeccionada habrá que acogerse a estas viejas reglas de la hospitalidad y de la honradez mercantil. Pero estas virtudes de antaño son difíciles de mantener hogano. De modo que los técnicos deberán, una vez más, acudir en nuestra ayuda para salvar el humanismo. Por ejemplo, fabricando sus cacharros de consumo con un mecanismo de autodefensa incorporado. Mi idea es ésta: se trata de conectar el funcionamiento de cualquier electrodoméstico a algo parecido a un fusil ametrallador. Todo muy hipersensible, por supuesto. Así, cuando llegara un ciudadano dispuesto a cobrar, el instrumento dispararía automáticamente. De esta forma podría quedar a salvo la responsabilidad y el consumidor volvería a las tertulias para hablar de política.

BOHEMIA

Hoy la bohemia es muy cara y se ha ido a las afueras porque siempre ha sido incompatible con esa clase de humo que no sea del tabaco, bien liado o en pipa. El humo de automóvil sólo produce sonámbulos. La bohemia es cara, por eso sólo la pueden sostener los altos burgueses. Los escritores, los poetas, los pintores, los músicos hoy están más pendientes de los vencimientos que de la llegada de las musas. Y así no hay forma. Por ejemplo, un poeta decide escapar y se instala en las ramas de un chopo lírico. De pronto alguien le tira de los calzones y le muestra cierta letra de cambio aceptada por él en un momento de euforia. El poeta deja el soneto a medias, baja, se rebaña los bolsillos y paga. Porque es curioso. Si se hiciera una encuesta sobre este asunto se vería que hoy las letras de cambio sólo las pagan ya los artistas. Como otra forma de epatar.

BUFONES

El oficio de bufón está muy mal pagado porque los ricos han perdido el sentido del humor. Los antiguos pícaros también han perdido el orgullo y los aristócratas aquella fe en la necesidad de remediar al pobre. Hoy el humor se ha dividido en dos bandos: de uno, la sonrisa suplicante de los acreedores; de otro la sonrisita de conejo de los deudores.

